

# SEMANARIO FAMILIAR PINTORESCO.

SUMARIO: Viaje á la Indo-China: Los tapires blancos, por *A. Dubarry*. (Conclusion.)—CIENCIA FAMILIAR: Desarrollo del sentido de los colores, por *A. Surmay*. (Conclusion.)—EL PÁRIA: Costumbres del Indostán.—Transformacion futura de la

tierra.—Las viandas, por *A. Dubarry*.—Los hijos del tío Tom, por *B. E. Revol*.—MODAS.

GRABADOS: El Rinoceronte. Una comida india. Los hielos de Spitzberg. Modas.

## VIAJE Á LA INDO-CHINA.

### LOS TAPIRES BLANCOS.

(Conclusion.)



El rinoceronte.

Los rinocerontes de Sumatra evitan á los que no les atacan, y si se les deja en paz son mansos, á diferencia de los rinocerontes de Africa que se

arrojan sin motivo alguno sobre todo lo que les llama la atención, y en particular sobre las caravanas. Esta reputación que muchos naturalistas

creen usurpada, quizá sea justificada, pero en cambio no admite duda que el rinoceronte sumatrense es terrible cuando se le escita, pues no conoce ni el número ni el poder de sus agresores, y no contento con derribar los caballos y la gente, se encarniza ciegamente además contra todos los obstáculos materiales que en su furiosa carrera encuentra. Felizmente, no es cosa difícil evitar sus acometidas: basta hacer un salto de lado cuando al embestir con la cabeza baja y cerrados los ojos está á distancia de ocho ó diez pasos.

Como no puede revolverse con prontitud en su furor no ve el salto, pasa adelante, pierde la pista, se desboca, y no para hasta que choca contra algún árbol, cuyo tronco entonces destroza con su cuerno.

Los cazadores daban pruebas de conocer estos detalles puesto que cuando los paquidermos se arrojaban rabiosos sobre ellos evitaban bruscamente el cuerpo dejándoles internarse en la selva y desahogar su cólera en las palmeras, los cotoberos, y los ébanos que á su paso hallaban, acercándose al lado del rinoceronte herido que agonizaba, para rematarle á lanzadas.

Todo esto pasó en menos tiempo del que se necesita para referirlo. Swammerdam que lo veía á través de una especie de ensueño abrió los ojos en el mismo momento en que descubriendole los cazadores trepaban como gatos por la roca y se apoderaban brutalmente de él y de su compañero que acababa de despertar.

La caza de los rinocerontes no había sido un sueño, sino realidad!

Aturrido Swammerdam frotóse los ojos para asegurarse de que ya no dormía, en tanto que con el brazo apartaba de sí las pícas, azagayas y puñales que fieramente le amenazaban.

De repente Pedir lanzó un grito de júbilo y se arrojó á los brazos de uno de los indios, que le estrechó en ellos repetidas veces.

—Conque, eres tú?

—Yo soy.

—¿Por qué casualidad?

—Alabado sea Allah!

—Nos encontramos pues cerca de la aldea de tu tribu?

—Muy cerca!

—Que dicha!

Pedir y el indio tan afectuosamente abrazados se esplicaron en breves palabras y al instante todos los cazadores bajaron sus armas.

¿Cuál era la causa de este súbito cambio? Un hecho sencillísimo.

Pedir acababa de reconocer á uno de sus deudos, jefe de una de las tribus mas afectas á los holandeses y vecina de Padang, cerca de la cual habían llegado los dos fugitivos sin saberlo!

Describir su entusiasmo es de todo punto imposible.

Bien pronto se estableció la mas cordial intimidad entre ellos y los cazadores. Deseosos estos últimos de conducirles pronto á su aldea, se pusieron á despedazar el paquidermo cuyos despojos tenían que llevarse.

El rinoceronte es un animal funesto. Los estragos que en las plantaciones causa son terribles, y si los cultivadores cuyos campos invade quieren salvarse de la miseria y la ruina, es preciso que cuanto antes se libren de estos fieros enemigos; y esto es lo que habían procurado hacer los antedichos cazadores organizando una batida nocturna contra tres rinocerontes que desde algún tiempo destruían por completo los cultivos de la tribu.

Sin embargo, en compensación de los daños que causa este temible animal, los indios se utilizan de todas sus partes. Sirvense de su piel para fabricar escudos y corazas, y de sus astas para hacer vasos y puños de sable ó de puñal; comen su carne; extraen de su grasa una pomada para embadurnarse el cuerpo; componen con el tuétano de sus huesos cierto ungüento medicinal, y con su sangre que recogen en una especie de vengas elaboran un específico contra las obstrucciones.

En menos de media hora el rinoceronte muerto quedó despellejado, desengrasado, y cortado en pedazos. Cada cazador tomó su porción, haciendo lo mismo Swammerdam y Pedir, y en seguida la comitiva partió en marcha triunfal.

Existen en las doce mil islas del archipiélago indio dos categorías muy distintas de población: la una se compone de piratas, y la otra de *biajous*, ó bohemios marítimos.

Vigorosos, feroces, atrevidos marineros, perfectos conocedores de las bahías, los ancones, los fondos altos, las ensenadas, las madréporas, los escollos, en medio de los laberintos desde los cuales acechan con seguridad los navíos que se proponen combatir, los piratas, y particularmente los de Borneo, Célebes, Pulo-Halamantau, ó islas Souldou, son bandidos estremadamente temibles. No menos hábiles marinos, ni menos intrépidos, pero si mas sociables, los *biajous* son pescadores,

decentes negociantes, de quienes los europeos no tienen por que quejarse.

Los cazadores en cuestión, pues, pertenecían á una tribu de *biajous* completamente adicta á los holandeses, sus vecinos y protectores.

Este descubrimiento encantó al doctor y le devolvió la confianza que había perdido, puesto que ya se veía en salvo.

Era pleno día cuando la pequeña caravana llegó á la aldea de la tribu, confuso montón de grupos de cocoteros, bananos y chozas de bambú, sobre la orilla derecha de un río, á dos leguas del mar, con un puerto lleno de *proas*, especie de buques de cinco á seis toneladas.

Toda la población que se componía de unas trescientas almas, hombres, mujeres y niños, salió al encuentro de los recienvenidos festejándoles grandemente, y saludando á Pedir y Swammerdam como si fuesen antiguos amigos, apenas supieron quienes eran.

El pobre doctor podía desde entonces considerar terminada su odisea.

En efecto, después de algunas horas de descanso, embarcóse con Pedir en una *proa* cargada de *trypans* secos, que son unos moluscos de grande tamaño muy comunes en el archipiélago indio y que los *biajous* saben pescar y preparar con notable maestría. A la mañana siguiente entraba nuestro héroe en Padang, importante plaza comercial donde los holandeses han construido una fortaleza, y que por su situación puede ser considerada como el centro de la pimienta, el alcanfor, el benjui y el oro que suministran los más fértils y ricos distritos de Sumatra.

Inmediatamente pasó Swammerdam á visitar el gobernador, quien después de haber oido la narración de sus aventuras, le trató de la manera más cordial, le retuvo en su mesa, le invitó con mucha cortesía á cambiar los harapos chinos que contra toda conveniencia llevaba todavía, y le ofreció un camarote en una fragata del Estado que aquella misma tarde se preparaba para hacer rumbo á Batavia, desde donde sería fácil al doctor regresar cuando le pluguiese á Holanda.

Aceptó con gratitud Swammerdam tan generosos ofrecimientos, atreviéndose además á solicitar para Pedir un empleo de guarda del puerto que al momento le fué otorgado. Solo un pesar le afligía, y era no poder llevar consigo aquellos famosos taires blancos por los cuales había hecho un viaje de ocho mil leguas, y padecido tanto.

Estaba en aquel momento apurando á sorbos

una taza de rico café, y fumando cigarros de embriagador aroma.

—Esperad, dijo el Gobernador lanzando una espesa bocanada de humo que se deshizo en caprichosas espirales azules; taires blancos, quizás os pueda proporcionar un par ó dos de estos animales antes de vuestra partida.

—Como!... exclamó el doctor pálido de emoción.

—Sí, todas las semanas se venden en Padang en vez de cerdos. Si los hay en el mercado, estad seguro de que los poseereis.

Y llamando á uno de sus criados le mandó que recorriese la ciudad en demanda de taires blancos y trajese cuantos estuviesen de venta.

Swammerdam se encontraba presa de una agitación ansiosa difícil de describir. Creíase juguete de una alucinación.

—Qué! exclamaba apurando sendas tazas de café y vasos de aguardiente de coco, y quemando febrilmente enormes cigarros; qué! habré pasado hace seis meses ante este puerto sin querer detenerme en él temeroso de no encontrar lo que era objeto de mi viaje, y se venderán aquí los taires blancos como los cerdos en el mercado de Maestricht! ¡Qué! habré llevado á cabo tan fatigosas pesquisas, sufrido la esclavitud, arrasgado cien veces la vida, atravesado selvas vírgenes, arrostrado el rigor de los tigres, de los antropófagos, de los monos, de los osos, de la sed y del hambre, y traído conmigo una sultana loca, todo por descubrir una pretendida *rara avis*, que me hubiese sido sumamente fácil proporcionarme aquí mediante algunas rupias, en casa del primer tocinero! Vamos! esto es increíble!

Sin embargo, nada era más cierto.

Realmente el pobre doctor había ido á buscar muy lejos los taires que tenía al alcance de su mano. Y pudo convencerse de ello cuando al cabo de dos horas, el gobernador conduciéndole al corral de su palacio, mostróle sonriendo diez taires de diferentes tamaños que acababan de traer los diligentes criados.

En un momento pasaron todos los colores del arco iris por el rostro de Swammerdam, quien cayó presa de un síncope. Sostúvole el gobernador y le devolvió la vida ofreciéndole dos pares de taires á su elección.

Algunas horas después, nuestro heróico sabio partía de Batavia con sus cuatro paquidermos, que tuvo la suprema dicha de llevar sanos y salvos á Maestricht al principiar el invierno, des-

pues de una accidentada y peligrosa travesía.

Sabedora de su regreso, la sociedad de aclimatación presidida por el baron de Pumpernickelhausen, le aguardaba en la estación del ferro-carril para aclamarle y saludar en él la gloria de la ciudad, y el honor de los Países-Bajos y de la Europa científica.

Swammerdam había preparado un discurso que recitó con toda la convicción que le caracterizaba, y del cual, á la mañana siguiente todos los periódicos publicaron el extracto acompañándolo de los más lisonjeros comentarios.

Desde entonces la reputación del doctor estaba hecha. Sin embargo no queriendo dormirse sobre los laureles, se dedicó con tal celo á la obra iniciada por su maestro, que bien pronto anunció en el boletín mensual de la sociedad que los tapires blancos no tardarían á ser tan comunes en Holanda como los cerdos y los asnos, confirmado lo que dos años antes había vaticinado el ilustre baron de Pumpernickelhausen.

Los viajeros que hoy día visitan el Limburgo holandés pueden atestiguar si Swammerdam se engañó.

(Traducción de P. Huguet y Campaña.)



## CIENCIA FAMILIAR.

### DESARROLLO DEL SENTIDO DE LOS COLORES.

por

A. SURMAY.

(Conclusion.)

Formaron círculo y todos fijaron sus atentas miradas en el señor Senel. Unicamente Julia y Clara se mostraban preocupadas, sintiéndose acusadas y convictas del daltonismo: notólo el señor Senel, y les dijo riendo:

—¡Vamos á ver si os sonreís un poco! ¿Qué mal hay en eso? Si cuando os caseis, escogeis un esposo morado, todo lo más que podrá suceder será que á una le parezca azul y á la otra rojo oscuro.

El marido morado hizo reír mucho al juvenil auditorio.

El señor Senel prosiguió:

—En primer lugar es preciso que sepais que la ciencia establece y demuestra, que el hombre, al igual que los demás seres creados se ha ido perfeccionando poco á poco, por la selección y

la cultura, no solo en su inteligencia, sino también en sus órganos. La antropología, ciencia moderna pero exacta, no deja la menor duda acerca de esto.

Entre los órganos de la constitución humana ¿se ha perfeccionado la vista? He aquí la cuestión promovida indirectamente por el daltonismo de Julia y de Clara. ¿Cómo resolverla? La construcción del cuerpo humano después de siglos y siglos, puede reconstituirse por medio de las osamentas que han podido resistir más ó menos á la acción del tiempo enterradas en determinados terrenos: pero los ojos por su misma constitución no podían tener igual fortuna y ofrecernos un medio tan fácil de reconstrucción. De nada aprovecha la observación directa toda vez que algunos días después de cerrado el ojo de un muerto, ya no queda de él más que la cavidad en que giraba.

Era, pues, necesario que los sabios precedieran por vía indirecta, y creo que hubieran renunciado á toda investigación si la filología no hubiese acudido á facilitarles el hilo conductor, y á probarles que el ojo, como todos los demás órganos del hombre, había sufrido un lento perfeccionamiento. De paso os diré que desde que en nuestro siglo las ciencias solo adelantan en fuerza de experimentos y observaciones, puede decirse que forman una sola que se podría llamar la ciencia de los hechos, de sus causas y de sus consecuencias. Décíase en otro tiempo que el mundo había sido entregado á las disputas de los sabios, cada uno de los cuales tenía á grande honor crear un sistema especial. Hoy cada uno trabaja por su lado y aporta á la masa común los hechos que descubre: así es como el químico ha dado al astrónomo los medios de conocer los cuerpos de que se componen los numerosos mundos que ruedan por encima de nuestras cabezas; los geólogos ayudan á los naturalistas y á los antropólogos, y he aquí que los eruditos que se han entregado y se entregan todavía al estudio de las lenguas antiguas han dado mucha luz en lo que se refiere á la vista, probando que este órgano al igual que los demás de que se halla dotado el cuerpo humano ha ido en perfección ascendente.

Es evidente que esos eruditos no podían remontarse á tiempos más antiguos que los monumentos escritos que han llegado hasta nosotros.

—Pero papá, dijo Santiago que ardía en deseos de dirigir una pregunta á su padre, ¿no es ver-